se combinó con el éxito comercial y la estabilidad que trajo la ratificación final de la Constitución el 25 de junio de 1788, para que el periodismo estadounidense empezara a alzar el vuelo a grandes alturas, a pesar de las turbulencias políticas que llegaron con la elección del primer presidente el 4 de marzo de 1789, George Washington, quien rindió protesta el 30 de abril.

Ni siquiera descarrilaron al país los sucesos de ese mismo año al conocerse la Toma de la Bastilla en París que dio inicio a la Revolución Francesa, aunque sí soplaron vientos de conflicto para la política norteamericana cuando su aliado Francia le declaró la guerra en 1793 a Inglaterra y a España, declarándose Washington neutral.

Las páginas de los periódicos tuvieron material suficiente para darle a las noticias un acento de escándalo y de rijosidad contra las autoridades mismas, que se recrudeció cuando Washington se negó a permanecer más de ocho años a la cabeza de la nación y entonces fue electo como segundo presidente John Adams, de Massachusetts, en 1797.

LA PRENSA AMARILLA

Phillip Freneau, graduado en Princeton en 1771, poeta de la revolución y una gran figura literaria, optó por el periodismo con mordaces embestidas contra sus antiguos jefes, los héroes nacionales de hoy como George Washington, Alexander Hamilton y John Adams, recurriendo a lo que posteriormente se llamó sensacionalismo -"periodismo amarillo"- sólo para despertar emociones, según dejó constancia durante dos años en la **National Gazette** (llamada con frecuencia "Gaceta Federal"), a partir de que se convirtió en director en 1791, el periódico fundado por el republicano Thomas Jefferson contra sus rivales políticos federalistas, como Hamilton, y **The Gazette of the United States**.

Por eso George Washington se vio obligado a poner coto a la mordaz guerra de palabras sostenida entre sus dos secretarios ministeriales.

Pero en este periodo (de 1789 a 1808) que historiadores como John Tebbel llaman "era sombría del periodismo norteamericano", a pesar de estar vigente el delito de libelo sedicioso, tampoco puede pasarse por alto a Benjamín Franklin Bache, nieto del genio inventor del pararayos y del lente que lleva su nombre, pues el joven de 21 años de edad fue tan procaz en **Aurora**, especialmente en 1793, que difícilmente debe quedar exento de los títulos de sensacionalista y amarillista por el veneno que había acumulado contra los ingleses, como buen antifederalista a favor de los franceses.

Es memorable aún la diatriba de insultos de su periódico republicano contra el periódico federalista **Porcupine's Gazette**, fundado en 1797 por el inglés William Cobbett, defensor de la monarquía británica, quien ensalzó en sus páginas

el gobierno aristocrático con preferencia a la democracia[19].

Por lo tanto, la simiente sensacionalista de esta época en la prensa no debe ignorarse, pues no obstante haber muerto Fenno y Bache en 1798 y haber huido Freneau de la epidemia de fiebre amarilla en Filadelfia, más tarde serían los reporteros del **New York Evening Post**, fundado en 1800 por Alexander Hamilton, y los del semanario **The Wasp**, de Harry Croswell, los que despotricarían contra la elección en 1800 de Thomas Jefferson y su grupo republicano en el poder, dejando una huella que luego aprovecharían otros periodistas para hacer el negocio de su vida con el sensacionalismo y el amarillismo como fórmula segura de éxito en los Estados Unidos, cuando ya se notaban más algunos adelantos técnicos para la impresión, y el expansionismo territorial era una realidad.

El tema merece, por tanto, un análisis más extenso, visto el desempeño de Norteamérica, hasta nuestros días, en el campo de la comunicación masiva y el papel preponderante e influjo a nivel macro de sus principales medios informativos.

[19] Posteriormente este hombre regresó a Inglaterra y allí lanzó su **Political Register**, que se convirtió en uno de los más grandes periódicos reformistas de la época y fue extremadamente popular entre las clases trabajadoras. Después de su aprobación en 1817 de las Leyes de Clausura, Cobbet tuvo que escapar otra vez a Norteamérica, donde se estableció definitivamente.-

FERVOR POR LA LITERATURA

Durante el año 1800 ocurrieron tres sucesos de capital importancia en Estados Unidos: 1.- La ocupación de la Casa Blanca por los presidentes de ese país. 2.- La creación de la Biblioteca del Congreso y 3.- La primera reunión del Congreso en el nuevo Capitolo. Y todo vino a conjugarse con la expansón terriotorial, poque en las dos primeras décadas del siglo XIX, tras la declaración de guerra contra la Gran Bretaña en 1812, aumentó la extensión geográfica de Estados Unidos que, para empezar, compró en 1813 a Francia más de 2.600.000 kilómetros cuadrados de Luisiana que llegaría a ser el granero del país, y símbolo de la riqueza fluvial con el Puerto de Nueva Orléans.

Con el triunfo sobre Inglaterra se hicieron cada vez más visibles las muestras de una conciencia nacional al sugir una literatura verdaderamente americana, destacando la figura de Washington Irving y del novelista James Fenmore Cooper. Rápidamente creció también el número de diarios y semanarios, entre los que sobresalió **The New York Post**, fundado en 1804 y que desapareció como tabloide en julio de 1993, y **The North American Review**, fundada en 1815 y editada por el competente Jared Sparks, constituyéndose en todo un acontecimiento literario de América.

Nueva York se conviertió en el centro periodístico del país. En los primeros 30 años del siglo, los periódicos pasaron de 200 a 1,200 y los diarios de 20 a 65. Nueve décimos de la población norteamericana alfabetizada no leía otra cosa. Cada pueblo y cada villa tenía su medio impreso, que concentraba la casi totalidad del poder de opinión local.

No obstante convertirse la prensa en un negocio peligroso durante la primera mitad del siglo XIX, porque las turbas destruían e incendiaban los

periódicos antiesclavistas y mataban redactores, aumentó también la cultura literaria de la nación, pues su desarrollo se vio fortalecido por una tremenda inmigración con las nuevas fronteras al ser admitidos como estados: Indiana en 1816, Mississippi en 1817, Illinois en 1818, Alabama en 1819, Maine en 1820 y Missouri en 1821.

Por otra parte, James Monroe, electo en 1817, alentó a las élites a la lectura y fue un presidente que estuvo atento a los movimientos emancipadores que empezaron a ocurrir en América Latina, empezando por el de México a partir de 1810, de modo que pronto reconoció su independencia en 1821 e intercambió embajadores también con Colombia, Chile y Brasil. Pero ante el peligro de un atentado de parte de las potencias europeas para reocupar los territorios que se habían liberado de sus antiguas metrópolis, lanzó en diciembre de 1823 su famosa "Doctrina Monroe" que se sintetiza en una frase muy conocida: "América para los americanos" y que se complementaría con el Destino Manifiesto, por el cual la nación norteamericana se cree con derecho a imponer sus valores al orbe entero.

Para entonces, todos estos sucesos hacían hervir a los ciudadanos cultos y adinerados que encontraban en la prensa un invaluable medio de información, de tal manera que cuando Andrew Jackson fue electo presidente en 1828, los Estados Unidos tenían más periódicos y lectores de publicaciones cotidianas que ningún otro país del mundo. También es un hecho que desde 1800, casi todos los grandes puertos y centros comerciales tenían periódicos diarios. En Filadelfia había seis; en Nueva York, cinco; en Baltimore, tres y en Charleston, dos, pero Boston, la cuna del periodismo norteamericano, no tenía ni uno en esa época. De los 512 periódicos que se publicaban en 1820, veinticuatro eran diarios, sesenta y seis semisemanarios o trisemanarios y 422 semanarios[20].

Sin embargo, la circulación de esos impresos raras veces alcanzaba los 3.000 ejemplares, pues más bien la tirada media de los más grandes periódicos de Nueva York era de 1.500 a 2.000 ejemplares por número, porque la mayoría de los ciudadanos ordinarios no podían pagar seis centavos cotidianamente, o de

[20] Emery, Edwin, op. cit., pp. 171-172

cinco a diez dólares al año como suscripción adelantada de algunas de estas publicaciones, dado que los salarios comunes de muchos trabajadores fluctuaban entre los ocho dólares a la semana.

Aun así, en 1826, la circulación de periódicos en los Estados Unidos excedía a la de la Gran Bretaña en más de tres millones de ejemplares por año y las clases ilustradas, ya instaladas en colegios de educación superior, clamaban por una transformación de la prensa que, a su vez, estaba en vías de aprovechar los efectos de la Revolución Industrial inglesa que en ese decenio de 1820 había mostrado en los Estados Unidos la potencialidad de la era del vapor, además de ver en el despertar político de los trabajadores y en su demanda de mayor participación en la democracia, una oportunidad de oro para crecer.

La elección de Jackson como séptimo presidente, en 1828 fue muy significativa para comprobar que la prensa podía ser un instrumento indispensable en la creación de una nueva clase de democracia, de modo que cuando el **Washington Globe**, fundado por Francis P. Blair a fines de 1830, comenzó a mover conciencias de los políticos con sus combativos editoriales, la gente común tuvo el tino de preguntarse dónde estaba también el periódico para las masas, es decir, un medio popular para el hombre ordinario.

Los adelantos técnicos ya podían abaratar la producción de los diarios pues habían dado con la prensa de vapor de un cilindro inventada en Inglaterra en 1811 por el alemán Friederich Koenig, quien en 1814 creó otra de dos cilindros para imprimir ambos lados del papel, la cual sirvió para que el famoso **Times** de Londres, el 29 de noviembre de ese año, imprimiera a la increíble velocidad de 1.100 ejemplares por hora.

En 1830, David Napier, de Inglaterra, perfeccionó la prensa de vapor de Koenig, que triplicaba la velocidad de la impresión, de suerte que la R. Hoe and Company, de Estados Unidos, escogió la prensa de Napier como prototipo de un nuevo producto destinado a los impresores norteamericanos, a fin de que pudieran producir 4.000 impresiones dobles por hora, indispensable en los planes

largamente acariciados de dar a las masas un periódico que pudieran comprar a bajo precio.

Así, en 1833 ya se podía hablar de la posibilidad de vender en la calle a un centavo el periódico que costaba entonces seis centavos, pues los que se vendían por suscripción anual a cuatro dólares pagaderos por adelantado eran una "ganga" pero impagable por el público en general.

LA PRENSA DE MASAS

En los años 30, en medio de las discusiones para acabar con la esclavitud, el espíritu de confianza en sí mismo de la nación se expresó en una gran producción literaria con historiadores, filósofos y escritores, como Edgar Allan Poe, o poetas como William Cullen Bryant, cuya brillante carrera de creador de versos fue simultánea de su distinguida carrera como editor del New York Evening Post, desde 1829 hasta 1878.

La popularidad de la prensa sobrevino cuando los movimientos progresistas de la época enfatizaron su lucha por la democracia en la educación, al grado de que la exigencia de escuelas libres, apoyadas por los impuestos, consolidó el principio de la instrucción general, que vio en la lectura de los diarios una oportunidad de alfabetización, pero a los más pobres les resultaban demasiado caros.

Fue entonces cuando el mercado de la prensa reaccionó y aprovechando los avances tecnológicos llegados de Europa, logró la combinación con los factores de la publicidad y de la venta callejera[21] para producir el periódico barato, con la consecuente explotación del morbo a través del sensacionalismo.

Nace también el afán por la primicia. Los diarios contratan embarcaciones tripuladas por atéticos remeros ("*news boards*") para alcanzar, antes que la competencia, a los barcos que arribaban desde Europa con noticias frescas. La noticia se vuelve una mercancía apetitosa.

[21] Esta iniciativa fue originalmente puesta en marcha en España por el "padre del periodismo español", Francisco Mariano Nipho, desde el 10 de octubre de 1786 con el **Correo de Ciegos de Madrid** –**Correo de Madrid** se llamó simplemente a partir de 1787-, cabalmente para que los invidentes obtuvieran alguna ganancia con dicha publicación que salía los martes y viernes al inaugurar esta innovación comercial, pues antes la venta de ejemplares sólo se hacía en librerías. (Cita de Gómez Aparicio, Pedro, en Historia del Periodismo en España. Editora Nacional, 1967, p. 50)

Además, Gilpin y Amos, con su diseño de la máquina de papel convierten esta materia prima en un elemento de fácil acceso y menor costo. La prensa masiva es un hecho entre el ritmo vertiginoso ya de las ciudades y de los diarios.

Más tarde su desarrollo sería imparable, con el invento del telégrafo eléctrico por Samuel F. B. Morse en 1835, que entró en uso en 1844, y la prensa rotativa creada en 1847 por Richard Howe, que revolucionó los procesos de edición y desempeñó un gran papel al dar a los peródicos su importante posición en la vida norteamericana, ya de por sí vista con admiración por Europa, a raíz de la publicación en 1835 del libro de Alexis de Tocqueville, **La Democracia en América**.

LOS INICIOS DEL PENNY PRESS

Horace Greeley, en sociedad con el dentista H. D. Shepard, inició en enero de 1833 el **New York Morning Post**, sólo que una fuerte tormenta de nieve en los días de su aparición impidió a los habitantes de la ciudad salir de sus casas a comprar a un centavo dicho periódico, y eso bastó para que sus fundadores se desanimaran a las tres semanas de su ambicioso proyecto[22].

Por tanto, correspondió a Benjamín Day correr con todo el éxito del periódico de a centavo (*penny press*), ya que supo explotar muy bien el sensacionalismo y las noticias de interés humano en las páginas del **New York Sun**, que inició su camino el 3 de septiembre de 1833 y al cabo de seis meses tenía una circulación aproximadamente de 8.000 ejemplares, o sea casi el doble de la de su rival más cercano. En 1835, tras instalar la primera prensa de vapor de doble cilindro, triplicó sus ventas cuando los lectores se emocionaron con el "engaño de la luna", al describir el reportero Richard Adams Locke la supuesta vida en ese satélite. Inclusive cuando en 1837 Day dejó al frente a su cuñado Moses Y. Beach imprimía 30.000 ejemplares diarios, que era más que el total de la circulación de los diarios de Nueva York antes de que apareciera este periódico que lucía un slogan: "El sol nace para todos"[23].

Tenía cuatro páginas, como de dos terceras partes del tamaño de la página del tabloide moderno. La primera plana estaba dividida en cuatro columnas y carecía de titulares llamativos y de adornos. Se concedía especial importancia a los sucesos locales y a las noticias de incidentes violentes. La última página estaba absolutamente llena de anuncios y como la mitad de la tercera plana se dedicaba a

[22] Tebbel, John, op. cit., p. 107
[23] Emery, Edwin, op. cit., pp. 210-211. (También George Weill, p. 149 y Mar de Fontcuberta, p. 41)

los clasificados.

Increíblemente cuando los herederos de Day se lo vendieron al avezado y famoso periodista Charles Anderson Dana, el **Sun** pasó, en 24 meses, de 40.000 ejemplares a 130.000, dejando atrás los tiempos en que sólo se buscaba transmitir la novedad o fijar una posición política. Ahora el mercado era primordial. El dinero estaba a la vista. La prensa sí era negocio.

(Dana era un autodidacta políglota, que aprendió sin sufrir el latín y el griego por afición, pero al empezar a escribir de 1841 a 1846 en **The Harbinger** se aficionó a los viajes por lo que en 1846 y 47 se fue a Europa y regresó para ser director del **Tribune** durante 15 años, antes de comprar en 1868, por la suma de 175 mil dólares, el **Sun** que llevó lo más lejos que pudo hasta el día de su fallecimiento en 1897. Edward P. Mitchell, director del **Sun** tras la muerte de Dana, lo vendió en 1916 a Munsey en dos y medio millones de dólares, para fusionar, paradójicamente, el **Sun** con el **Herald**. El **Sun** desapareció de hecho en 1950 al adquirirlo Roy Howard y fusionarlo con el **World-Telegram**).

THE HERALD, DE BENNETT

Por el golpe maestro que dio **The Sun**, muy pronto enfrentó una severa competencia: la de James Gordon Bennett, quien en 1832 había incursionado en el periodismo con el **New York Globe**, y el 6 de mayo de 1835 –a sus 40 años de edad- se lanzó al mercado de la prensa de a centavo invirtiendo 500 dólares de capital en la fundación de **The Herald**, después de que Benjamín Day le había cerrado las puertas de su diario, a donde fue a pedir trabajo. Muy pronto, a las seis semanas de aparecido, este diario sensacionalista obtuvo una circulación de 7.000 ejemplares, pues aun siendo una modesta hoja doblada, de cuatro páginas de 28 por 35 centímetros, nació con buena estrella en unos sótanos de a Wall Street, con una vieja prensa, con apenas los tipos imprescindibles y un escritorio construido con una tabla de madera apoyada en dos barriles de harina[24].

Bennett era primordialmente reportero y director, y no impresor-propietario como sus rivales, dado que había adquirido valiosa experiencia como corresponsal en Washington, por lo cual supo añadirle al material sensacionalista del **Sun** muchas de sus propias mañas, hasta conseguir que el **Herald** no tuviera competencia en cuanto a reportajes de policía y en cuanto a editoriales bien razonados e informativos, además de ser un gran innovador en las noticias de deportes y de finanzas.

En agosto de 1835 un incendió destruyó los talleres del **Herald**, pero el infortunio no doblegó a su dueño, de tal manera que en el verano de 1836 duplicó su precio a dos centavos a la par que su circulación, calculada en 20.000 lectores, garantizaba su estabilidad, junto con los anuncios que en ese año de 1836 costaban cincuenta centavos por una inserción de doce líneas o menos. Tuvo el